

LOS HUNDIDOS

En busca de seis entre los seis millones

Daniel
Mendelsohn

Seix Barral

Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Nota preliminar de Antonio Muñoz Molina

Dedicatoria

Árbol genealógico

PRIMERA PARTE: BEREISHIT o Comienzos

1. El vacío informe
2. La creación

SEGUNDA PARTE: CAÍN Y ABEL o Hermanos

1. Pecado entre hermanos
2. El clamor de la sangre de tu hermano

TERCERA PARTE: NOACH o Aniquilación total

1. El viaje inimaginable
2. La historia del Diluvio
3. Y asomaron las cumbres de los montes

CUARTA PARTE: LECH LECHA o ¡Adelante!

1. La tierra prometida (Verano)
2. Suecia / Nuevamente Israel (Otoño)
3. Dinamarca (Invierno)
4. Otra vez en casa (Un final engañoso)

QUINTA PARTE: VAYEIRA, o El árbol en el jardín

Post scriptum (febrero de 2007)

Glosario

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre
una
nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

SINOPSIS

Este libro empieza con la historia de un muchacho que creció en una familia golpeada por la tragedia: seis de sus miembros desaparecieron en Europa durante la segunda guerra mundial. Era un asunto del que no se podía hablar y que fue adueñándose paulatinamente de la imaginación del joven Daniel Mendelsohn. Muchos años más tarde, a partir del descubrimiento de unas cartas que su abuelo recibió en 1939, el silencio se convirtió en una pregunta que lo interpelaba y decidió seguir la pista de los parientes perdidos durante el exterminio nazi. La búsqueda, que lo llevó a doce países de cuatro continentes, desembocó en la pequeña ciudad ucraniana donde todo comenzó y donde le esperaba la solución a un sinfín de misterios. En ese lugar, al final del camino, se revelará la diferencia que existe entre los acontecimientos que vivimos y el modo como los contamos. Esta historia real, escrita con la maestría de un novelista y en parte libro de memorias, reportaje, narración de misterio y pesquisa detectivesca, explora con brillantez la naturaleza del tiempo, de la memoria, la familia y la historia.

Daniel Mendelsohn

Los hundidos

En busca de seis entre los seis millones

Traducción de MariCarmen Bellver

Nota preliminar de Antonio Muñoz
Molina

Ediciones Destino | Colección imago mundi **Volu-
men 127**

EN TORNO A DANIEL MENDELSON

ANTONIO MUÑOZ MOLINA

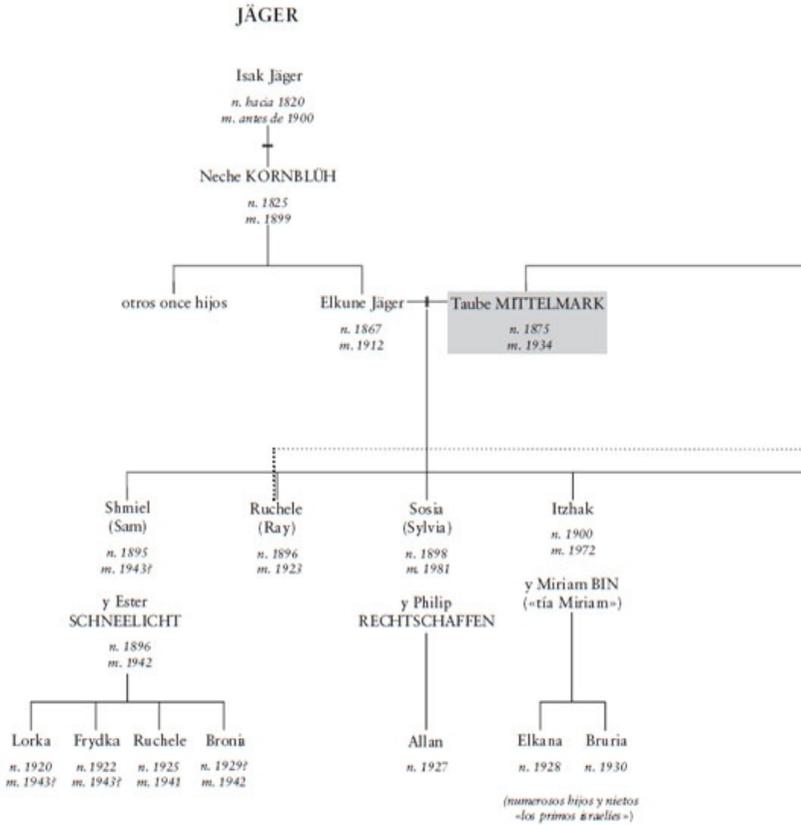
Siguiendo el hilo tenue de un drama familiar, Daniel Mendelsohn revela una trama que abarca la gran historia universal de la infamia que fue el Holocausto. Una indagación en la memoria personal educada en la lectura de Proust se convierte, paso a paso, en la crónica del descubrimiento de algo que está más allá de la credulidad y también del horror. Igual que el niño aficionado a las historias familiares se convirtió en escritor al hacerse adulto, el escritor se transmuta en detective insomne, en historiador intoxicado por el deseo de saber más, en viajero hacia los extremos del mundo en los que ha de encontrar los hilos sueltos de la historia, las últimas voces de los testigos.

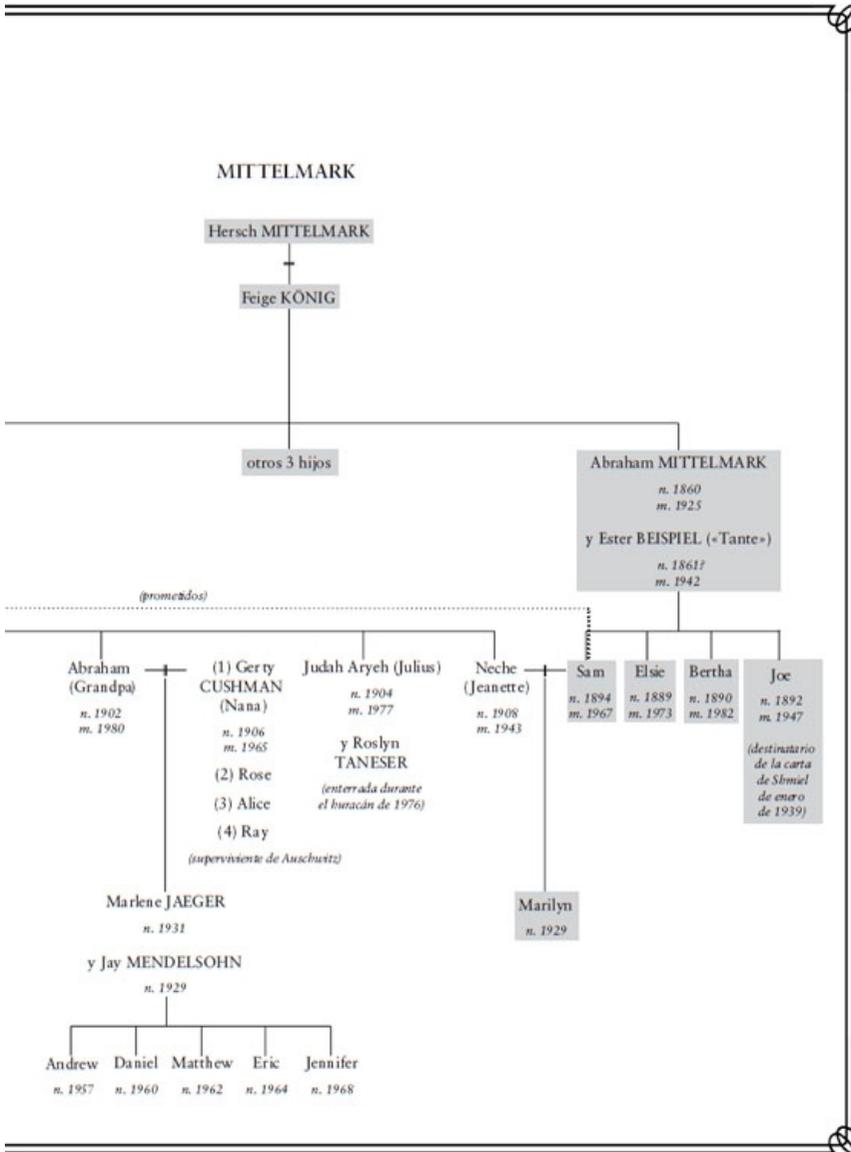
El destino de seis millones de asesinados es inimaginable: el de sólo seis personas entre esos seis millones nos da la medida precisa de lo que fue aquel sufrimiento, de la extensión de aquella infamia. Daniel Mendelsohn añade a la voz en primera persona del memorialista la erudición obstinada del historiador y una imaginación de novelista que nos acerca al corazón de los que vivieron y sufrieron, y sin embargo no necesita inventar ninguna trama, añadir o borrar ningún pormenor: en ocasiones como ésta, la mejor (y la única) novela posible es la narración exacta y apasionada de la verdad.

A Frances Begley
y Sarah Pettit

sunt lacrimae rerum

La familia de Shmiel Jäger





PRIMERA PARTE

BEREISHIT

o

Comienzos
(1967–2000)

Cuando pasamos de cierta edad, el niño que fuimos y el alma de los muertos de los que salimos vienen a echarnos a puñados sus bienes y sus desventuras...

MARCEL PROUST

En busca del tiempo perdido
(*La prisionera*)

1

EL VACÍO INFORME



Hace tiempo, cuando tenía seis o siete u ocho años, a veces entraba en una habitación y algunas personas rompían a llorar. Con frecuencia, las salas en las que sucedía aquello estaban situadas en Miami Beach, Florida, y la gente en la que yo producía aquel extraño efecto era vieja, como casi todo el mundo en aquella zona a mediados de los sesenta. Como la mayoría de los habitantes de Miami Beach en aquella época (o eso me parecía entonces), aquellos ancianos eran judíos. Judíos que solían ponerse a hablar en yiddish al compartir preciados chismes o al llegar al final interminable de alguna historia o de algún chiste; lo que por supuesto hacía que el punto culminante, el sentido de aquellas historias y chistes, resultara incomprendible para los jóvenes.

Como muchos residentes de cierta edad de Miami Beach por aquel entonces, vivían en apartamentos o pequeñas casas que parecían tener un ambiente ligeramente viciado para quienes no estaban habituados, y que en general eran tranquilas, salvo en las tardes en las que el sonido de los programas de Red Skelton, Milton Berle o Lawrence Welk resonaba en los televisores en blanco y negro. De vez en cuando, sin embargo, esos apartamentos viciados y tranquilos se volvían ruidosos por las voces de los niños que habían volado hasta allí desde Long Island o desde los barrios residenciales de Nueva Jersey para pasar unas semanas en invierno o en primavera y visitar a aquellos viejos judíos, a quienes eran presentados, muertos de vergüenza, y cuyas mejillas frías y apergaminadas les obligaban a besar.

¡Besar las mejillas de viejos parientes judíos! Nos retorcíamos, nos quejábamos, queríamos correr a toda prisa a la piscina climatizada de forma irregular que había en la parte trasera del edificio de apartamentos, pero primero teníamos que besar todas aquellas mejillas; las de los hombres olían a sótano y a tónico capilar y a puritos con boquilla, y rascaban con aquellos bigotes tan blancos que a veces confundías con pelusilla (como le sucedió a mi hermano pequeño, que intentó arrancar aquella pelusa desagradable y recibió un manotazo, con poca dulzura, en un lado de la cabeza); y las de las ancianas olían ligeramente a polvos de maquillaje y a aceite de cocina, y eran tan suaves como los pañuelos de papel «para emergencias» que guardaban apretujados en el fondo de sus bolsos, aplastados como pétalos junto a las sales de violeta, papeles arrugados de caramelos para la tos y billetes estrujados... Los billetes estrujados. *Toma esto y guárdaselo a Marlene hasta que yo salga*, ordenó la madre de mi madre, a quien llamábamos Nana, a mi otra abuela, un día de febrero de 1965 al entregarle un pequeño monedero de piel rojo que contenía un billete arrugado de veinte dólares, justo antes de que la lle-

varan al quirófano para una operación exploratoria. Acababa de cumplir cincuenta y nueve años y no se encontraba bien. Mi abuela Kay obedeció y tomó el monedero con el billete arrugado y, cumpliendo su palabra, se lo entregó a mi madre, que todavía lo guardaba varios días después cuando Nana, metida en un sencillo ataúd de pino, como es la costumbre, fue enterrada en el cementerio Mount Judah de Queens, en la parcela propiedad de la PRIMERA ASOCIACIÓN BENÉFICA DE LOS ENFERMOS DE BOLECHOW (según informa la inscripción que aparece en la entrada de granito). Para ser enterrado allí tenías que ser miembro de la asociación, lo que a su vez significaba que provenías de un pequeño pueblo llamado Bolechow con unos pocos miles de habitantes situado a medio mundo de distancia en un paisaje que una vez perteneció a Austria, luego a Polonia, y después a muchos otros países.

Aunque es verdad que la madre de mi madre —con cuyos suaves lóbulos, con sus voluminosos pendientes de cristal azul o amarillo, jugaba cuando me sentaba en su regazo en la silla de mimbre del jardín en el porche delantero de casa de mis padres, y a quien en un momento dado quise más que a nadie, lo que sin duda hizo que su muerte fuera el primer acontecimiento del que tengo un claro recuerdo, aunque es cierto que aquellos recuerdos son, como mucho, fragmentos (el dibujo de peces ondulantes de los azulejos que decoraban las paredes de la sala de espera del hospital; mi madre diciéndome algo apremiante, algo importante, aunque tuvieron que pasar cuarenta años hasta que por fin recordé de qué se trataba; un sentimiento mezclado de anhelo, miedo y vergüenza; el sonido del agua que caía en un lavabo)— no había nacido en Bolechow, y de hecho era la única de mis cuatro abuelos que nació en Estados Unidos: algo que entre cierto grupo de gente ya desaparecido le daba un punto de distinción. Pero su apuesto y dominante esposo, mi abuelo, *Grandpa*, había nacido y crecido hasta hacerse hombre en Bolechow, él y

sus seis hermanos, tres varones y tres mujeres, y por ese motivo se le permitió comprar una parcela en aquella zona concreta del cementerio de Mount Judah. Él también descansa allí, junto con su madre, dos de sus hermanas y uno de sus hermanos. La otra hermana, la madre tremendamente posesiva de un hijo único, siguió a su retoño a otro estado, y allí está enterrada. De los otros dos hermanos, uno tuvo la sensatez y la previsión de emigrar con su esposa y sus hijos pequeños de Polonia a Palestina en los años treinta (o eso nos habían dicho siempre) y, como resultado de aquella sabia decisión, cuando le llegó la hora, fue enterrado en Israel. El hermano mayor, que además era el más apuesto de los siete, el más adorado y celebrado, el «príncipe» de la familia, vino a Nueva York de joven, en 1913, pero después de vivir un año escaso con unos tíos decidió que prefería Bolechow. Así que regresó después de un año en Estados Unidos. Una elección que creyó que era la acertada, ya que en Bolechow vivió feliz y llevó una vida próspera. No tiene sepultura de ninguna clase.

Aquellos ancianos y ancianas que a veces lloraban por el mero hecho de verme, aquellos viejos judíos con las mejillas que había que besar, con sus correas de reloj imitación de cocodrilo y sus chistes verdes en yiddish y sus gruesas gafas de plástico con los audífonos de plástico amarillentos que sobresalían por detrás, con los vasos a rebosar de whisky, con los lápices con nombres de bancos y concesionarios de automóviles que te ofrecían cada vez que te veían; con sus vestidos estampados de algodón con la falda ancha y collares de cuentas de plástico blanco de tres vueltas y pendientes de cristal claro y el esmalte rojo que relucía y repiqueteaba en sus uñas infinitas mientras jugaban al dominó chino y a canasta, o sujetaban firmemente los larguísimos cigarrillos que fumaban; ellos, a los que yo podía hacer llorar, tenían otras cosas en común. Todos ha-